

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 18 de Febrero de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

IXVII.

La seguridad individual no estaba más garantida en las costas que en el interior del reino, á causa de las piráticas correrías que hacían en ella los berberiscos, gente muy cono cederá del terreno por ser en su mayor parte de los moriscos expulsados. Las más castigadas de tales agresiones eran las de Granada, Murcia, Valencia y Cataluña; puede decirse que en sus aguas no imperaban otras fuerzas que las de los piratas, pues nuestros buques de guerra, ocupados por lo regular en lejanas empresas, tenían el litoral casi siempre abandonado. Así era de ver que mientras asombrábamos al mundo con formidables armamentos, y el pabellón español paseaba triunfante de uno á otro continente, los corsarios de la Berbería se enseñoreaban ufanos de nuestras costas, cayendo sobre las poblaciones indefensas para ejercer sobre ellas el robo y el pillaje. Las costas españolas llegaron á ser para los mahometanos lo que des pues las de Guinea para los traficantes negreros.

El mismo rey D. Felipe II, hallándose en Valencia en el año mil quinientos sesenta y cuatro, presenció, el apresamiento de un navio ricamente cargado en el momento de echar el ancla en aquel puerto. Hasta allí se atrevió el turco «Ajajá», que á fuerza de audacia y de bravura había hecho célebre su nombre en nuestras playas, rodeando al buque español con seis barcos de á dos órdenes de remos. Después se le vió remolcar tranquilamente su presa, dirigiéndose hacia el peñón de Velez, guardado y arsenal de la piratería.

No menos célebre el temible «Morato Ruez», no hay puerto español donde no se guarde memoria de sus hazañas; y no solamente los puertos: más de una vez se vieron á sus secuaces remontar el Ebro, el Júcar y aun el Segura y saquear pueblos situados á más de diez leguas del mar. En el año mil quinientos noventa y cinco fué preciso para ahuyentar á aquel atrevido pirata toda la acción mancomunada de las galeras de España de Génova y de Malta.

Pero indudablemente el más feroz de todos los piratas que en aquella época infestaban nuestras costas fué un renegado de la Calabria, llamado «Cigala.» Este gozaba de tal reputación militar que Selim II llegó á confiarle flotas de sesenta y ochenta buques con destino al saqueo de

las costas de la Sicilia, del reino de Nápoles y de España. Su solo nombre espantaba, y á la noticia de su aproximación, huían las gentes quedando desiertas las aldeas, las villas y aún poblaciones más grandes. También dejaron por este tiempo fu neste nombre otros dos renegados «Da'i Mami» griego y «Asan» Aga, veneciano. De este último fué escotivo cerca de seis años nuestro inmortal Cervantes.

Puede juzgarse cual sería la situación del comercio de cabotaje. Campanella propuso á Felipe II la creación de una nueva orden de caballería destinada á proteger la Marina mercante, y en un célebre escrito que le dirigió, le aconsejaba emplear á los segundo gémitos de las familias nobles y recompensar á los que más se distinguieran, confiriéndoles grados en el Ejército; pero el Monarca preocupado en los cuidados esteriores, ni siguió el consejo de Campanella, ni tomó resolución alguna para poner á sus súbditos al abrigo de la audacia de los berberiscos, resultando de aquí que el comercio entre Barcelona y Valencia, entre Alicante y Murcia, y entre Murcia y Málaga, se fué perdiendo á poco á poco, lo propio que sucedió con las pesquerías porque los pescadores, faltos de todo amparo no se atrevían á salir del círculo de sus playas. La almadrava de atunes de Couil, que hubo año que produjo al duque de Medina-Sidonia ochenta mil ducados, en el reinado de Carlos II apenas si daba ya ocho mil. El abandono de estos ramos de riqueza, trajo consigo también la extinción de los buenos marineros, reclutados hasta entonces entre los pescadores.

Los catalanes fueron los que más principalmente sufrieron las consecuencias de tal estado de cosas. En tiempos antiguos enviaban sus cónsules á Túnez, al Cairo, á Constantinopla y á Alejandría; y ciertamente que los descubrimientos de la América y de la ruta marítima de las Indias, en nada hubieran menoscabado su comercio, de no haberse sometido á la corona de Castilla. Aquí empezó verdaderamente la ruina de sus negocios mercantiles, pues forzados por los castellanos á tomar parte en sus guerras y en sus desastres, para nada se cuidaron de asociarlos á su tráfico con la Nueva España y el Perú. Reducidos así al comercio del Mediterráneo, no tardaron los laboriosos hijos de la Cataluña en ver interrumpidas sus relaciones de levante por los turcos y los berberiscos; y la conquista del Egipto por Selim II; la formación de las Regencias de Argel, de Túnez y de Trípoli, que fué su consecuencia inmediata, y las victorias navales alcanzadas por los turcos sobre las flotas reunidas de España y de Ve-

necia, los escluyeron de los mercados de Alejandría, de Esminay y de Constantinopla. El temor de los corsarios que después infestaron nuestros mares las retrajo de emprender largos viajes, y muerto su comercio de levante por los turcos y los berberiscos, y el de las Indias por el monopolio castellano, la Cataluña tuvo que encerrarse en sí misma, llegando al más profundo aniquilamiento de que no pudo reponerse hasta el advenimiento de los Borbones.

Las provincias litorales del mar Atlántico, objeto fueron también de iguales agresiones de parte de los piratas. El moro Fanar atravesó en mil quinientos setenta y tres el estrecho de Gibraltar, siguió hacia Portugal, y habiendo llegado á las costas de Galicia sorprendió las pequeñas villas de Mungia y de Camariñas que redujo á cenizas, y vendió á sus habitantes como esclavos. Esto aconteció casi al mismo tiempo que Don Juan de Austria se hacia dueño de Túnez, á los dos años de la batalla de Lepanto. El 5 de octubre de 1606 llegó un corsario árabe hasta la embocadura del Tajo y se apoderó de una carabela portuguesa anclada en el puerto de Cascaes. Los armadores de la Rochela estuvieron ejerciendo sus correrías por más de sesenta años por las costas de Asturias y de Vizcaya, en son de represalias, llevados de su odio calvinista contra el «demonio del medio día», que así llamaban los reformistas á Felipe II, ya saqueando los pueblos indefensos, ya apresando nuestros buques mercantes. Cuando Lanoue llamado «brazo de hierro», cayó en poder de los españoles, fué encerrado en el castillo de Limbourg, donde le hicieron sufrir seis años del más cruel cautiverio, recordando la persecución que había hecho á nuestros buques siendo gobernador de la Rochela.

La victoria de Richelieu puso término á las piraterías de los rocheleses; pero los berberiscos continuaron molestando las costas de Galicia y de las provincias inmediatas; no fueron solos, más de una vez concurrieron con ellos algunos armadores ingleses en sus empresas de despojo. «La Margarita», cuyo cargamento importaba cerca de dos millones de escudos de oro, fué atacada en mil seiscientos sesenta y cinco, cerca de Sanlúcar, y casi á la vista de los otros galeones, por cinco buques corsarios, de los cuales tres eran berberiscos y los otros dos ingleses. Bien dicen luego: ¡Dios los críal... El botín se repartió en Tanger de esta manera: el dinero y la cochinilla para los moros; el buque, con el palo campeche, el cacao y las demás mercaderías para los ingleses. Los prisioneros en número de cuatrocientos fueron vendidos como esclavos.

Cuando esto sucedió, la España había llegado ya á la más completa impotencia; no había en Cádiz buque alguno de guerra que se hallase en estado de salir al mar; y el conde de Castriño, presidente del Consejo de Hacienda hubo de decir, en vista de lo exhausto del Tesoro, que era preciso renunciar al sostenimiento de la armada naval. No quedaba más arbitrio que esperar á que los corsarios berberiscos cayesen en poder del duque de Beaufort, á quien Luis XIV había encargado de ahuyentarlos del Mediterráneo; pero tales disposiciones tuvieron más de política que de sinceridad, por que en los intentos del monarca francés no entraba el volver á atacar á los argelinos; y si tomó bajo su protección los galeones de las Indias, fué por que sus súbditos iban interesados en ellos, segun todo se compone claramente por la carta que escribió á su embajador en Madrid, marqués de Narcourt, la cual decía:

«Envío órdenes al conde de Estress, de preparar las diez naves que se os han pedido, conducir las el mismo, ó ponerlas al mando del caballero de Coetlogou, para que salga al encuentro de la flota que esperan los españoles, tan luego como le hagais conocer que el rey de España lo desea. Al mismo tiempo le advierto que si encuentra los buques de Argel cuando se haya reunido á la flota de España, declare al comandante, que estando mis súbditos considerablemente interesados en ella, espero que los argelinos no la inquietaran en su paso, y que si lo intentan no deberá sufrir que mis súbditos esperimenten semejante perjuicio á la vista de mi pabellón. Le ordeno sin embargo, no atacarlos primero, sino esperar que sean ellos los agresores si tienen esta temeridad. En cuanto al pedido que ha hecho el cónsul de España, de desalojar á los argelinos del Cabo de San Vicente, no puedo satisfacer sin declararles abiertamente la guerra, y sin contravenir por consecuencia á la promesa que les he hecho de dejarlos en paz.»

No se comprende tal dechado de respeto, tratándose de una raza abyecta, oprobio del mundo civilizado, que en el interés de todos debió estar el hacerla desaparecer de sobre la faz de la tierra, ó cuando ménos empujarla hacia el desierto, como su más digna morada entre los tigres y los chacales, desposeyéndola para siempre de las riberas del mar.

Así lo entendió la política de otro soberano de esa misma nación, siglo y medio después. La conquista de la Argelia es un hecho que nunca agradeceremos lo bastante á Luis Felipe I; juzgúele como quiera la historia, la humanidad, le recordará siempre agradecida.

MANUEL GONZÁLEZ.